



# UNA HISTORIA OLVIDADA

## La Legión emprende la búsqueda del monumento a Unamuno levantado por confinados en Chafarinas



Foto de la isla del Congreso, lugar en el que fue erigido el monumento a Unamuno

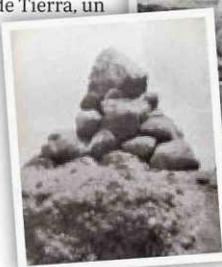
► Jiménez de Asúa, Cossío, Vila y Casanueva homenajearon en su destierro de 1926 al viejo catedrático

PEDRO CORRAL

**E**l pequeño archipiélago español de las islas Chafarinas, frente a la costa africana, ha revivido en las últimas semanas, de la mano del Ejército de Tierra, un singular capítulo de nuestra historia. Su guarnición, con efectivos del Tercio «Gran Capitán» 1.º de La Legión, ha emprendido un emotivo proyecto en reconocimiento a Miguel de Unamuno (1864-1936): la búsqueda del sencillo monumento al escritor vasco improvisado en 1926 en la isla del Congreso por cuatro deportados a Chafarinas por la dictadura de Primo de Rivera.

Quiero expresar desde el comienzo de estas líneas mi reconocimiento a la Comandancia General de Melilla, de quien depende la guarnición de Chafarinas, y a la Fundación Museo del Ejército por recoger mi propuesta de rescatar del olvido, casi un siglo después, el espontáneo monumento al autor de «San Manuel Bueno, mártir» en las inhóspitas laderas de la isla del Congreso.

La Comandancia General de Melilla ha dado instrucciones a las fuerzas de la Legión que patrullan la isla del Congreso para que, sin interferir en su labor de vigilancia, adviertan del posible hallazgo de aquel olvidado monumento a Unamuno. Con ello las armas han querido honrar a las letras en aquel rin-



### La dignidad de los deportados

Cossío (2), Asúa (3), Casanueva (4) y Vila (7), junto a Fernando Torres, farmacéutico militar (6) y Mustafá Raisuni (1) y el Jalfifa Al lal Mohamed Aisa (5). A la izquierda, el pequeño túmulo

cón apartado de España, cuyas vicisitudes están tan vinculadas a nuestra historia, incluida la literaria por razón de este sorprendente capítulo.

Unamuno se encontraba en 1926 exiliado por su propia voluntad en París, después de haber sido deportado en 1924 a Fuerteventura por sus críticas a la dictadura de Primo de Rivera. Era lógico que su figura concitara la admiración de las cuatro personas a su vez deportadas a Chafarinas en mayo de 1926 por su oposición al dictador: el penalista Luis Jiménez de Asúa, el periodista y escritor Francisco de Cossío, el entonces estudiante de leyes Salvador María Vila y el escritor y exlegionario Arturo Casanueva.

Catedrático de Derecho Penal en la Universidad Central de Madrid, Luis Jiménez de Asúa (1889-1970) fue conde-

nado a la pena de confinamiento por «censuras al Gobierno», como promover un homenaje a Ganivet o provocar una protesta estudiantil contra la destitución de Unamuno de la cátedra de Griego de la Universidad de Salamanca y su sustitución por un sacerdote «indocto».

Jiménez de Asúa llega a Chafarinas a bordo del vapor Gandía el 5 de mayo de 1926, tres días después que Francisco de Cossío (1887-1975), director de «El Norte de Castilla», confinado por haber escrito un artículo en defensa de Santiago Alba, su jefe en las filas liberales.

El tercer desterrado era el abogado y escritor santanderino Arturo Casanueva (1894-1936). Antiguo legionario, reflejó en un libro singular su experiencia en el Tercio, «La ruta aventurera de la cuarta salida», editado en 1923 con

una fotografía del fundador de la Legión, el general José Millán-Astray, dedicada al «legionario poeta». Casanueva fue condenado al destierro por apoyar una protesta por el cierre gubernamental del periódico «La Época».

Casanueva era un hombre original y extravagante que marchó a Chafarinas con el chapiri y la capa legionarios, que vestía al mismo tiempo que unas babuchas amarillas. Casanueva era «la alegría de la isla», según escribió Asúa en sus breves memorias del destierro, «Notas de un confinado» (Madrid, 1930). El santanderino se adueñó del único mosquitero de la isla, un tul de un color azul purísima, que hizo exclamar una noche al irónico Cossío ante el lecho del abogado santanderino: «Pero, ¿ésta es la cama de un exlegionario o el lecho de Sor Concepción?».

El cuarto compañero de destierro era el estudiante de Derecho, ya doctor en Filosofía y Letras, Salvador María Vila (1904-1936), discípulo de Unamuno, a quien Alejandro Amenábar recuerda en su última película sobre la agonía del viejo rector en la Salamanca franquista. Vila había sido detenido en una protesta ante el Ministerio de Instrucción Pública por el «robo» de la cátedra a Unamuno.

### Unamuno, un camarada

Al frente de la guarnición de Chafarinas estaba entonces el comandante Arsenio Fuentes Cervera, al que todos los confinados apreciaban por su exquisito trato. No era raro que compartieran con él las excursiones por los islotes e incluso las partidas de mus. De hecho, la Comandancia General de Melilla, de la que siguen dependiendo las Chafarinas, luce hoy la placa que a su vuelta a la Península los confinados dedicaron al comandante Fuentes.

Unamuno se convierte en «el maestro» de los confinados. «Para nosotros no fue solo un recuerdo, sino un camarada: le evocábamos en nuestras pláti-



COMANDANCIA GENERAL DE MELILLA



ABC

### Más complejidad

A pesar de la versión más divulgada, Millán Astray era un militar de notable cultura apasionado por el Japón



ABC

cual habría de colocarse aquella huella auténtica de que nosotros habíamos estado allí durante la dictadura de Primo de Rivera. De esto viven la arqueología y la historia».

Cossío decía estar seguro de que «hasta ahora nadie habrá encontrado esta referencia de nuestro paso por aquel peñón. Es posible que nunca pase nadie, y, si pasa, que no haga excavación ninguna para encontrar nada. Mas siempre este tubo de aspirina estará allí esperando a que una mano que busque tesoros lo saque a la luz».

Aquel tosco monumento no ha aparecido aún a la vista de los legionarios del Tercio «Gran Capitán» que patrullan la isla del Congreso. El paso del tiempo habrá derribado las piedras que utilizó Vila para levantarlos.

El 17 de mayo, con motivo del cumpleaños del Rey Alfonso XIII, los confinados fueron indultados. El día 20 llegaron a Melilla a bordo del vapor Chafarinas y esa misma tarde emprendieron viaje a la Península. La amistad forjada entre los cuatro confinados en aquellos doce días se hizo duradera, pero las vicisitudes de la vida de España los arrojaron una década después a las orillas de entonces impensables destinos, naufragos en la galerna que fue la Guerra Civil.

### Tristes destinos en la guerra

Figura clave del PSOE en el sexenio republicano, Jiménez de Asúa se exilió en Argentina después de la victoria franquista. Murió en Buenos Aires en 1970, como presidente de la República en el exilio, sin haber podido regresar a España. Cossío tomó partido por los sublevados y perdió a un hijo falangista en la batalla de Brunete, aunque después de la guerra no tardó en ser apartado de la dirección de «El Norte de Castilla» por sus ideas liberales.

El joven Vila, convertido ya en uno de nuestros grandes arabistas, fue detenido en 1936 por los franquistas en Salamanca y conducido a Granada, de cuya Universidad era rector, donde fue fusilado. El aventurero Casanueva fue asesinado a finales del mismo año por unos milicianos frentepopulistas en Santander, que le hicieron pagar el haber erigido, en cumplimiento de la legalidad republicana, en abogado defensor de unos marinos franquistas.

También en la sangrienta vorágine de la guerra murió el que fuera en 1926 capellán del hospital militar de Chafarinas, Santiago Lucus Aramendía, asesinado por unos requetés que le conducían detenido a Pamplona.

Durante semanas se ha alzado, entre nuestros legionarios destacados a las órdenes de la Comandancia General de Melilla, el recuerdo del paso de estos españoles por Chafarinas. El viento del olvido y la marea del tiempo quizá derruyeron hace ya lustros el sencillo monumento que dedicaron al viejo Unamuno en la isla del Congreso. En su lugar se levanta hoy, con el callado y abnegado cumplimiento del deber por los hombres y mujeres de nuestras Fuerzas Armadas que patrullan sus roquedales, el perpetuo tributo de la Nación que honra a todos sus hijos.

### Un modesto obelisco

Levantaron en la isla del Congreso un túmulo de piedras, bajo el que enterraron un mensaje de apoyo

cas, nos confortábamos con el paradigma de su vida. (...) A veces, al pasear el contorno del islote, nos creíamos asistidos por su compañía y su consejo», recordaría Asúa. A los pocos días de su llegada a Chafarinas, los deportados acuerdan enviarle a Unamuno una carta «de respetuosa y tierna adhesión», que recoge Asúa en sus memorias:

### Así fue erigido el monumento

«Maestro: Cuatro hombres -que solo exhiben este título por usted exaltado- quieren enviarle, desde la isla en la que están "confinados", su adhesión y la certidumbre de que su austero proceder ha sido para nosotros ejemplar», comienza la carta. En ella no se quejan por «el desafuero» de su destierro. «Estos cuatro hombres se han sentido tales al pisar las rocas de esta isla», señalan: «La persecución nos aproxima al maestro». Hablan de «una existencia intervenida y coaccionada» en España, «amordazados por una tiranía abyecta y bufa».

Y anuncian: «Maestro: Estos cuatro confinados piensan un día escalar la despoblada isla del Congreso y apilar con sus manos piedras y tierra. Con ellas quieren elevar un pequeño obelisco en que grabarán toscamente el nombre de usted, que recuerdan cada día con superlativa admiración». Antes de abandonar Chafarinas, la promesa de esta carta «fue cumplida con unción» en una «mañana transparente», según recuerda Asúa. Así, cruzaron en un bote el canal que separa la isla de Isabel II de la del Congreso, elegida para emplazar el monumento.

«Pasamos el puente pedregoso -escribió Asúa-, y en un alto, abrigado de vientos por crestas más empinadas, hicimos un hoyo profundo. En una caja encerramos un breve trozo de papel con el nombre esclarecido de Unamuno y en homenaje de seguidores pusimos nuestros apelli-

dos. Una teja resguardaba el envoltorio, para preservarle de la humedad terrestre. Y sobre el hueco relleno de arena apisonada apilamos piedras voluminosas. Una, de aspecto piramidal, coronó el monumento».

Los cuatro confinados, resueltos a grabar el nombre de Unamuno en una de las piedras, intentan «herir la dura materia con los toscos remedos de buril que estaban a nuestro alcance». «Tras de plurales y frustrados ensayos, hubimos de renunciar -no sin dolor- a que quedase grabado en los pedazos de roca el nombre del maestro. (...) El humilde montón de piedras parece, en la fotografía obtenida por nosotros, obra de dimensiones grandiosas», recuerda.

En su libro de memorias, «Confesiones» (Madrid, 1959), Francisco de Cossío

no menciona que el improvisado monumento estuviera dedicado a Unamuno. Algo que se antoja inexplicable, dado que todos sus recuerdos destilan afecto y admiración por el viejo rector de Salamanca, pero que puede deberse a que las memorias estén escritas tres décadas después.

### El mensaje

Cossío relata cómo «el estudiante Vila tuvo la idea de que escribiéramos en un papel nuestros nombres y las fechas, y dejásemos aquello allí, resguardado por piedras, perdido para siempre, pensando que, un día, cuando nosotros no existiéramos, llegaría allí un explorador y haría el descubrimiento. Nuestro instinto de inmortalidad nos lleva a estas puerilidades». Según escribe en «Confesiones», el papel fue guardado en un tubo de aspirina que llevaba Casanueva, «en tanto que Vila elevaba con trozos de roca un pequeño obelisco, en el fondo del



ABC

**Se cierra el círculo** Dedicatoria de Millán-Astray a uno de los confinados, Arturo Casanueva, poeta que pasó por la legión: «A mi legionario poeta, la Musa de la Legión es tuya. Millán Astray 11-II-22». A la derecha placa de agradecimiento de los confinados al comandante Fuentes